

EL HIJO DEL ENTERRADOR

EL HIJO DEL ENTERRADOR

Maria Luisa Penín Navascués
Barcelona, 2025



Primera edición: noviembre, 2025,
Título original: *El alma del cuervo*
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.
Dirección del proyecto:
Núria Penín Navascués
M^a. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.

©Nuria Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia
Carretera de la Bordeta, 53, 1^o 4^a.
Barcelona-08014
Tel. 601097611
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La línea entre víctima y verdugo es tan fina,
que hay veces que se puede tener un pie en cada lado.*

OFF_THE_RACCORD (INSTAGRAM)

*A mis padres,
que me transmitieron el mejor
de los legados:
su capacidad para afrontar
la adversidad*

CAPÍTULO III NECROSIS

I

Londres, 18 de septiembre de 1862
Ocho años después.

Maldiciendo por haber tenido que desplazarse aquella noche infernal, el cochero regresó a Clarence House después de haber acompañado a Thanos a la pensión donde se hospedaba. El edificio estaba situado entre las calles Drury Lane y Endell. Drury Lane era conocida por su ambiente bohemio, mientras que Endell Street conectaba con el bullicioso Coven Garden. Juntas formaban una encrucijada donde coincidían artistas y comerciantes.

Las campanas de la iglesia tañeron dos notas graves, dos sonidos profundos que se disolvieron en la vibración resonante de la tormenta; sonidos que se mezclaron con los ecos turbios de la ciudad.

Thanos se abrió paso hacia el portal, con cautela, caminando entre borrachos, prostitutas y ladrones, que acechaban en las sombras a pesar de la lluvia pertinaz. La

estructura del edificio parecía haber sido cincelada por el viento, que, durante años, había consumido su silueta. La fachada, que antaño había mostrado el lustre de las casas prósperas, amarilleaba. Las vigas que sostenían el tejado sobresalían con una inclinación desafiante, como si en cualquier momento fueran a desplomarse. Las ventanas de cristales opacados por los años filtraban la luz con el reparo de aquel que ha visto demasiado. Desde el dintel de la puerta principal, una lámpara de gas proyectaba un destello pálido sobre el umbral.

Aunque Thanos contaba con recursos para hospedarse en los mejores hoteles de la zona, prefería los suburbios, porque en aquellos espacios abandonados por Dios nadie hacía preguntas y no tenía que fingir amabilidad.

El joven abrió el portal de la entrada, dejó su paraguas en un rincón, se despojó de la capa y la dejó sobre el sillón de orejas, que aportaba notoriedad al estrecho recibidor. Iluminado solo por el rayo de luna que se filtraba a través de las ventanas, subió los peldaños quejosos que conducían al primer piso. Mientras deslizaba la mano sobre la barandilla pensaba en la fría espalda de su prima Berenice.

Thanos se sentía desconcertado por el calidoscopio de sensaciones que había experimentado ante su presencia, ya que, normalmente, solo habría manifestado una cruda indiferencia. Durante los primeros años, su vida había estado marcada por la crueldad de un mundo definido por la pérdida y por la transitoriedad descarnada de la naturaleza. Había aprendido que sentir nada era mucho mejor que experimentar dolor y, con

el paso de los años, se había convertido en un maestro del desapego.

El muchacho se sentó sobre el último escalón. Sacó la pitillera del bolsillo del chaleco y encendió un cigarrillo. Deseaba disfrutar de aquel momento de oscuridad y de silencio. En su mente, una voz suave como una caricia le ofrecía la boca para recibir un beso. En su mente, sus manos huesudas, sus finos dedos se deslizaban a lo largo y ancho de aquel cuello enfermo. «Berenice, tú que caminas entre los vivos y los muertos, como hizo la diosa Melinoe, te has vuelto preciosa a mis ojos. Tu apariencia, al igual que la suya, recuerda la belleza despiadada de la corrupción de la carne...».

Se sentía exultante, inusualmente animado, con ganas de rememorar, en la tranquilidad perturbadora de su dormitorio, lo sucedido durante la velada.

«Berenice, pronto recibirás el abrazo de la muerte y ya no envejecerás. Te convertirás en la musa del amor desinteresado, del amor que nunca protesta, que es dócil y silencioso, que nunca traiciona ni se lamenta al experimentar la traición. Serás para mí la esposa que no juzga, siempre a mi disposición, siempre presente allí donde yo decida. Tan bella como la misma Muerte, lozana e inmutable. Pronto te poseeré eternamente y me convertiré en tu protector».

Un trueno poderoso lo devolvió al presente. Thanos apagó el cigarrillo en el peldaño de la escalera, se incorporó ensimismado y caminó hacia el angosto pasillo que separaba sus aposentos del resto del edificio. Mientras lo recorría, imágenes de Berenice lo transportaban hacia esa realidad habitada por los

desvaríos de su mente. En ese sueño impostor, la piel cerúlea de la joven le rogaba un roce, sus labios deshidratados, un beso. Sus ojos apagados, ternura.

Thanos introdujo el llavín en la cerradura, abrió la puerta del dormitorio y la cerró tras de sí. No podía liberarse de la imagen de la joven. Notaba el olor a caseína de su aliento, visualizaba la descomposición granulosa de sus pulmones. Y solo al sentir el frío memorable pudo deshacerse de su hechizo.

Al parecer, antes de abandonar la estancia se había dejado la ventana abierta, así que, frotándose las manos, caminó ligero hacia ella y se dispuso a cerrarla. En aquel momento, se percató de que una cría de garza aleteaba contra los cristales intentando acceder al interior. Thanos le impidió la entrada con delicadeza y el pájaro se quedó apoyado en el alféizar.

—Las cosas no han ido como esperabas, ¿eh?

Thanos se giró. Egeus lo miraba apoyado en el marco de la puerta.

—Ya veremos. —El joven se quitó la chaqueta del esmoquin y lo dejó sobre la cama—. Le he pedido a mi tía Clarence la mano de Berenice... Sí, lo sé. Me he precipitado, pero, tal como yo lo veo, no hay tiempo que perder. —Echó mano de su reloj de bolsillo—. El criado le habrá entregado mi nota...

Egeus lo miraba estupefacto.

—No seas aguafiestas, hombre. Creo que le he causado buena impresión...

—Veremos... —Egeus señaló el sobre lacrado que había en su escritorio—. Ha llegado cinco minutos antes que tú.

Thanos se incorporó de un salto, lo cogió y leyó la carta con avidez. Sus hombros caídos reflejaron su desilusión.

—Ni siquiera lo ha considerado...

—¿Y qué pensabas? —Egaeus se apoyó en la chimenea.

—Aquello ocurrió hace mucho tiempo —susurró, Thanos, sombrío.

—Ya... Y, por su puesto, te has redimido —afirmó Egaeus en tono burlón.

—Digo —remarcó—, que todo aquello hace mucho tiempo que ocurrió. No pongas en mi boca palabras que no he pronunciado.

—¿Y de cuánto de todo *aquello* te has arrepentido?

Thanos se exasperó. Arrugó la nota y la lanzó hacia Egaeus, que la esquivó sin problemas:

—Si te vas a convertir en un incordio, será mejor que desaparezcas.

Egaeus ignoró el tono agrio del joven, se acercó a él, situándose a su espalda, y le hizo un gesto para que se contemplara en el espejo oblongo que constituía la pieza más valiosa del mobiliario.

Thanos le siguió la corriente...

—¿Crees que tu mirada es lo suficientemente franca? ¿Crees que expresa admiración? ¿Amor?

Thanos se contempló. El espejo le devolvió una mirada dura, crispada, afilada.

—La pregunta es: ¿pueden mis ojos, mi voz, mi ser al completo, expresar algo que no siento?

Egaeus apoyó una mano sobre su hombro:

—Sabes que pueden, querido muchacho. La expresión de las emociones se entrena. Pero veo cierta transformación en ese rancio corazón que se esconde en tu pecho... ¿Sinceridad, acaso? Me inquietas...

—Pasión. —El joven se sentó en el sillón de cuero que había junto al secreter—. Pasión por la naturaleza efímera de la materia. Y eso es Berenice para mí: la personificación pura de la necrosis. Imagino mis manos acariciando sus pulmones, recorriendo con mis dedos sus cavernas granulosas...

—Entiendo —interrumpió Egaeus—. Un ejemplo ilustrativo de la anatomía de una ruina...

Un golpe seco llamó la atención del joven. El pajarillo continuaba aleteando.

—Podrías ayudarlo, Thanos... ¿Serías capaz de mostrar compasión, caridad?

Thanos se dirigió a la alacena, se sirvió una copa generosa de brandy y se acercó a la ventana. El pájaro había cerrado los ojos y ahuecado sus alas.

—¿No te interesa saber cómo terminó la velada, Egaeus? Te esfumaste en el momento más emocionante.

—Ya me lo explicarás. Me interesa más comprobar lo que eres capaz de hacer *ahora*.

El joven dejó la copa sobre la mesita y abrió la ventana, agarró al pajarillo, que estaba aterido, y lo introdujo en el dormitorio. Quizá tenía miedo. Puede que solo tuviera frío. Quizás se sentía débil, tanto, que no conseguía emprender el vuelo. Iluminado por la luz cálida del candil, Egaeus creyó distinguir un brillo sospechoso en los ojos de Thanos.

Su mente había volado lejos, muy lejos...

II

Cementerio de Highgate, Londres, 1849.

13 años atrás.

Elysa caminaba nerviosa entre las tumbas. Las siluetas de los mausoleos, estructuras imponentes consumidas por el tiempo, discurrían fugaces a ambos lados del sendero. Intentaba parecer tranquila, pero Thanos sabía que no lo estaba. Sus mejillas se veían particularmente sonrosadas y andaba con una determinación poco habitual en ella.

Elysa era esbelta y muy alta. Bella, todavía, a pesar de sus veintinueve años. Morena y de piel curtida. La mujer miraba a derecha e izquierda para comprobar que nadie los seguía y caminaba, presurosa, hacia la cripta donde se encontraban las sepulturas destinadas a los niños.

Atravesó el túnel que separaba la zona este de la zona oeste del camposanto. Sabía que Caleb, en aquel momento, estaba sellando una sepultura, así que tenían unos veinte minutos para escapar.

Entró en la cripta arrastrando a Thanos hacia el interior y rescató la bolsa que contenía las escasas pertenencias que había escondido durante la noche. De pronto, se dio cuenta de que había olvidado algo importante en la cabaña y masculló una maldición.

El niño la miró, era maduro para su edad, así que comprendió lo que estaba sucediendo. De pronto, sintió un miedo atroz. Su respiración agitada mostraba su desconcierto.

—¿Qué haces, mamá? ¿Te has vuelto loca?

Elysa no respondió. Cogió la bolsa y corrió hacia el exterior arrastrando a Thanos para deshacer lo andado. El niño oponía resistencia y la ralentizaba, pero ella lo sujetaba con fuerza y tiraba de él apremiándole. De pronto, se levantó un viento violento que les dificultaba la tarea de avanzar.

—¡Obedece! —Elysa se detuvo, se arrodilló para quedar a su altura y lo miró a los ojos mientras le retiraba un rizo obstinado de la frente—. ¿Acaso quieres morir hoy?

Aterrorizado, Thanos aceleró el paso. En pocos minutos llegaron a la cabaña en la que vivían, que apenas resultaba visible, semienterrada, como estaba, en el helechal. Abrió el cajón superior de la cómoda, cogió la cajita que contenía el grueso anillo de oro que había pertenecido a su madre y la guardó en la bolsa. Después, liberó al gorrión de su jaula.

Thanos, acongojado, hizo una mueca. La madre se inclinó ante él, le acarició el cabello, negro como la pez y rebelde como el viento, y susurró:

—No nos lo podemos llevar.

Madre e hijo abandonaron su hogar. Esperaban que la muerte no hubiera hecho planes para ellos.

III

—Corre. No mires hacia atrás...

Se escuchaba, a lo lejos, el tañido de las campanas de la capilla. El oficio fúnebre estaba a punto de concluir. El terreno pedregoso y embarrado a causa de las últimas lluvias, los senderos sinuosos, cuajados de hierbas altas, dificultaban su avance.

Thanos tropezó con la raíz de un tejo y cayó al suelo. Se había torcido un tobillo. Gemía de dolor, pero no gritaba.

—¡Levántate! —exclamó su madre tirándole del brazo—. Sé valiente, hijo mío. Corre...

Thanos avanzaba ranqueando, jadeaba y contenía el aliento mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Poco a poco, el terreno se esclarecía, la vegetación se volvía menos densa y el sendero se ampliaba. A unos cincuenta metros, por fin, la verja de la entrada.

Elysa aceleró el paso, Thanos avanzaba cojeando y gimiendo, cojeando y gimiendo. El tobillo se le hinchaba y enrojecía por momentos. La verja se hacía más grande ante la mirada de ambos.

Agotada, Elysa disminuyó el paso.

—Un esfuerzo más, hijo mío...

IV

Caleb permanecía acucillado detrás del frondoso seto que envolvía la entrada del camposanto. El cielo estaba tan nublado como su juicio. La niebla planeaba prácticamente a ras de la superficie, invadía el sendero como lo haría el aliento espeso del mismísimo Lucifer.

Días atrás había percibido un cambio sutil en el comportamiento de su esposa. Apenas unos gestos: un rostro inusualmente sereno, una sonrisa atípica, una mirada excepcionalmente alerta... Sabía que algo tramaba su estúpida cabecita.

La noche anterior, hacia las diez, Caleb se había acostado borracho, pero no tanto como ella creía. A medianoche, la oyó levantarse de la cama, silenciosa, creyéndolo profundamente dormido. La oyó levantar la tapa del arcón donde guardaban sus pertenencias y sintió la brisa helada cuando Elysa abandonó la cabaña. En aquel momento, experimentó una ira tan intensa que le revolvió el estómago como si hubiera masticado clavos. Pero la respiración agitada de Thanos lo tranquilizó. Elysa nunca se marcharía sin el niño. Quizás había malinterpretado las señales...

Pocos minutos después sintió, de nuevo, el peso ligero de Elysa en su cama, en tensión, como esperando una reacción. Notó que temblaba, quizás a causa del miedo o del frío. La joven permaneció inmóvil durante horas, tensa como el palo de una escoba. Caleb decidió que, durante algunos días, no le quitaría la vista de encima.

Cuando se levantaron, al amanecer, el enterrador contempló a su esposa mientras esta recogía su melena en una trenza.

—No me esperes para comer —le susurró con voz ronca—. Entierran a la esposa de un hombre importante, así que la ceremonia se alargará. —Mintió.

Elysa levantó la mirada y asintió esbozando una sonrisa. Cuando Caleb se marchó, ella susurró un «adiós» que resultaría premonitorio.

Entonces, Caleb se ocultó cerca de la entrada norte del cementerio. Sabía que, de haber planificado una huida, su esposa escogería esta por ser la más cercana a la cabaña donde vivían. Y decidió que esperaría allí...

Cuando la vio llegar arrastrando al niño, que jadeaba dolorido, sintió fuego en sus entrañas y odio en el corazón. Sonrió: ¿cómo había podido ser tan estúpida? Observó que Thanos cojeaba.

Entonces, abandonó su escondite y cayó sobre su víctima como un lobo cae sobre su presa, clavando los incisivos directamente en la yugular.

V

Elysa sintió una punzada en la cabeza. Un dolor agudo y lacerante que la obligó a detenerse en seco. Unos brazos fuertes la arrastraron hacia atrás, así que perdió pie y cayó al suelo. La mujer chilló e, instintivamente, se agarró la trenza y palpó las recias manos en su cuero cabelludo. La cabeza estaba a punto de estallarle. Thanos se había quedado mudo.

—¡Eres una puta! —gritaba Caleb, que la había soltado y ahora le pateaba el hígado. Elysa emitía gemidos apagados encogida en posición fetal.

—¡Malnacida!

Thanos, que observaba la escena angustiado, cogió una piedra de buen tamaño y la arrojó contra su padre, pero apenas le rozó. Caleb, asombrado, se detuvo un momento. La destreza del niño y su osadía lo habían cogido desprevenido. El hombre, impulsando su brazo hacia atrás, le propinó un puñetazo brutal a su esposa partiéndole la nariz. El hueso había adoptado una forma grotesca y sangraba profusamente. Elysa gimió antes de perder el conocimiento.

—Thanos miraba horrorizado a su madre, cuyos brazos caían, inertes, a ambos lados del cuerpo.

—¡Para! ¡La vas a matar!

El hombre no respondió. Continuó arrastrando a la mujer, que se dejaba la piel en el camino.

Thanos lo seguía de cerca cojeando y suplicando su perdón. Su tez oscura lucía amarillenta; había empalidecido a causa de la angustia y del dolor, pero Caleb no se conmovió. Se detuvo ante una sepultura reciente.

Su pecho ascendía y descendía a causa del esfuerzo... y de la ira. Elysa, que a duras penas había recuperado el conocimiento, se encogió y se cubrió la cara y la cabeza con las manos, como tantas veces había hecho. La sangre le empañaba la vista.

—Caleb —pronunció con un tono de voz marcadamente nasal. Lágrimas sucias se deslizaban por sus mejillas—. Por Cristo nuestro Señor...

La sepultura todavía conservaba las flores y la corona, que se había confeccionado con ramas de espino. El hombre agarró a Elysa del brazo, sacó el cuchillo de monte que llevaba en el bolsillo del pantalón y, arrodillándose a su lado, lo apretó contra su garganta:

—¡Cállate o te degüello delante del crío! —Señaló a Thanos, que se había orinado encima y lanzó un escupitajo sobre su pelo.

Entonces, Elysa le gritó a Thanos:

—¡Corre, hijo! ¡Sálvate!

El niño dudó. Caleb, sujetando por la nuca a su esposa, apuntó al niño con el filo de la navaja:

—Si te mueves, la mato ahora mismo. ¡Lo juro!

—Por favor, deja que se vaya. Me quedaré contigo. Jamás te abandonaré —masculló la mujer.

—¡Pues claro que no lo harás! ¡Y el mocoso estúpido que has parido, tampoco!

—¡Corre, hijo mío!

—¿Aún te atreves a provocarme? ¡Te he dicho que te calles! ¡Cállate!

Caleb arrancó un puñado de capullos de rosas secas y se las introdujo en la boca, presionando hacia el interior mientras gritaba:

—¡Cállate, hija de la gran puta!

Los ojos de Elysa se quedaron en blanco y su rostro adquirió un tono azulado. Se aferró al brazo de su marido.

—¡Padre! Se está ahogando. Tenga piedad, hombre... —El niño se arrodilló sobre sus propios orines.

La mujer vomitó los restos sanguinolentos del desayuno y cogió una bocanada de aire, pero Caleb volvió a llenarle la boca con barro, hojas y espinas. De pronto, Elysa dejó de luchar, sus miembros se relajaron y perdió el conocimiento de nuevo.

Caleb miró fijamente a su hijo.

—¡Jura que no saldrás del cementerio! ¡Júralo!

—¡Te lo juro! suéltala. No quieres matarla, ¿verdad?

Caleb la soltó jadeando, babeando saliva sobre el cuerpo flácido de su esposa. No quería matarla, porque le proporcionaba mayor satisfacción saber que sufría. Porque cuando agachaba su estúpida cabecita para rehuir su mirada, sentía un placer tan intenso como pecaminoso.

Se alejó unos metros y Thanos cojeó hasta su madre, se arrodilló y le sacó los restos de maleza de la boca para despejar las vías aéreas. La colocó de lado y, llorando, le dio golpecitos en la espalda.

Caleb intentaba recuperar el resuello.

Elysa emitió un gemido profundo, tosió y abrió los ojos hinchados y amoratados. Caleb se acercó de nuevo, le dio una patada al niño para separarlo de su madre, la cogió como si se tratara de un peso muerto y la levantó sobre sus hombros. Miró a Thanos y le dijo:

—Vuelve a casa. Si cuando regrese no estás allí te juro que le aplastaré los sesos y haré que te atragantes con ellos. Y si pides ayuda, tú serás el culpable de lo que le ocurra. ¿Te queda claro?

Thanos asintió y comenzó a correr.

—¡Espera!

Thanos se detuvo de repente y se dio la vuelta, expectante, para encarar a su padre.

—Te has meado. —Caleb reía mientras sostenía a su esposa como si fuera uno de sus cadáveres—. ¡Te has meado encima!

Caleb gritó como si alguien lo escuchara:

—¡Mi hijo se ha meado de miedo!

Sacó una petaca del morral que llevaba y dio un buen trago de brandy, eructó y, tambaleándose, señaló al niño con los dedos. Parecía que iba a perder el equilibrio.

De pronto, puso serio el semblante:

—Largo...

Thanos corrió. Corrió sin detenerse hasta llegar a la cabaña, a pesar de que el tobillo le ardía. Se sentó a esperar a su padre sin dejar de llorar. Observó que el pajarillo había regresado a la jaula, así que lo sacó y lo devolvió al exterior. Pero, a los pocos minutos, el animalillo volvió, piando confiado.

Actuó así hasta en tres ocasiones, así que Thanos, finalmente, lo cogió entre sus manos y el gorrión, confiado, se quedó inmóvil acurrucado en el hueco cón-cavo que formaban.

—¡Eres un estúpido! —susurró el niño—. ¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Thanos, en su dolor, lo apretó tan fuerte que le reventó los intestinos. La sangre espesa y oscura brotó por el pico y por los ojos. Las alas se partieron a causa de la presión ejercida.

Thanos miró al animal y, espantado ante su propia violencia, lo arrojó a la chimenea. Su cuerpecillo chisporroteaba y no tardó en convertirse en cenizas. El niño se secó las manos ensangrentadas en el pantalón y permitió que las lágrimas se deslizaran libres por sus mejillas.

Lloró mientras el tiempo transcurría. Oscurecía y su padre todavía no había regresado. «Tarde o temprano te mataré, maldito cabrón», musitó.

Al caer la noche dejó de llorar. Sorbió los mocos y suspiró. Sintió cierto alivio, ya que había contenido sus emociones durante largo tiempo. En aquel momento, Thanos decidió que jamás lloraría de nuevo. Sintió que, de alguna forma, al igual que el pajarillo, él había muerto también.

VI

Un crujido seco hizo que Thanos recuperase la conciencia de su presente. En sus manos, la pequeña garza había muerto a causa de la presión. Un ojo había saltado de su órbita y, de su pico, colgaba una lengüilla increíblemente larga y tan azulada como las venitas de su piel. El joven apenas se inmutó. Sin perder un segundo, corrió al armario en el que guardaba el material de sus prácticas forenses y rescató una jofaina, la llenó de alcohol y la sumergió en él. Después, cogió una hoja de papel de estraza y envolvió el cadáver: más tarde le proporcionaría el tratamiento adecuado. Dejó el paquete en el interior del ropero, echó la llave y se la guardó en el bolsillo.

Contempló sus manos manchadas de sangre y de los restos del animal, y se deleitó con su olor. Después, se las frotó como si quisiera impregnarse de su esencia y se las secó con un paño de lino, que guardó en su mesilla de noche.

Egaeus, inmutable, le hizo un gesto y el hijo del sepulturero se volvió hacia la puerta. Alguien había deslizado un sobre por debajo. Thanos se agachó para recogerlo y, a causa de la impaciencia, lo rasgó con los dedos. Estaba sellado con el lacre de los Johnson. Se tumbó sobre la colcha, de un granate violento, y leyó la nota. Rio y miró hacia la butaca sin dejar de hacerlo, pero Egaeus se había desvanecido. Se tensó al pensar en su futura esposa.

Su esposa... —Paladeó cada sílaba como si se tratara del mejor de los amontillados.

Aquella niña a la que, una cálida tarde primaveral,
ocho años atrás, atormentó por última vez...

VII

Bybury, Una tarde soleada de 1847.

Ocho años atrás.

Thanos se escondió entre los arbustos y contempló a Berenice boqueando en la ciénaga. Durante días había fantaseado con la idea de proporcionarle un escarmiento, ya que, días atrás había notado que la jovencita se estaba envalentonando. Las puyas que le dirigía se tornaban cada vez más afiladas. Su actitud lo divertía, pero tenía que mantenerla en su sitio, no podía permitir que se hiciera más fuerte. Había pasado semanas maquinando un nuevo castigo; un golpe severo, pero no definitivo.

Respecto a Berenice se sentía como cuando atrapas a un caracol. Puedes aplastarlo con la bota y disfrutar del aroma que emanan sus insignificantes intestinos desparramados por el suelo, pero el placer es demasiado fugaz. Sin embargo, cuando infliges dolor lentamente, hasta llegar al límite, pero sin sobrepasarlo, el gozo resulta mucho más intenso y conlleva la promesa de disfrutarlo en otra ocasión.

Thanos nunca se había preguntado por qué se sentía tan poderoso cuando causaba sufrimiento. Cuando fue consciente de ello, simplemente, lo aceptó. En realidad, el placer no provenía tanto del daño causado como de la liberación de la ira durante tanto tiempo contenida. Aquella niña había recibido el cuidado que a él le había sido negado. Y la odiaba por ello. La despreciaba, porque ella no dejaba de

lamentarse y exigía más y más. Para ella, nada era suficiente. Cuando finalmente sus tíos lo acogieron y le proporcionaron cuidados y atención, su corazón se había transformado en piedra y ya no podía sentir ni siquiera agradecimiento.

Aquella tarde había convencido a Berenice para que ambos traspasaran el umbral de lo prohibido. La línea roja que su tío había delimitado y que separaba las tierras de cultivo y los prados que rodeaban la finca del páramo. Berenice temía los castigos de su padre, que eran duros e implacables. Nunca había perdón para un descuido, para un error cometido. El castigo físico, desde su punto de vista, era sanador. Y siempre cumplía sus amenazas a rajatabla.

Sir Jeremiah Johnson les había prohibido tajantemente acercarse al pantano en el que había fallecido su primogénito. Cuando le sugirió a su prima que se acercaran esperaba su negativa, pero no imaginaba que conseguiría convencerla para desafiar las normas que había establecido su progenitor.

Allí se dirigieron conversando como si fueran amigos. Así que, cuando la empujó y la vio caer al agua pútrida, supo, por su semblante, que la había cogido desprevenida.

Thanos corrió a ocultarse entre los matorrales que bordeaban el cenagal. El aire, cargado de humedad, traía con él una fragancia terrosa y fresca. Sutil, pero envolvente. Mientras Berenice boqueaba pidiendo ayuda, el joven masticaba una mora madura y oía el zumbido afilado de los mosquitos. Mientras Berenice se hundía en las aguas estancadas, opacas y pestilentes,

Thanos disfrutaba de la caricia de las finas hojas del sauce y de los arañazos del ramaje espinoso del cornejo.

Berenice pronunció su nombre como elevando una súplica, pero él no se inmutó. Sentía la textura de la tierra enfangada bajo sus pies descalzos y el cosquilleo de insectos curiosos desliziéndose por su pantorrilla.

De pronto, su prima desapareció bajo el agua. Aquello le produjo cierta tensión y se mantuvo alerta. Cuando apareció de nuevo en la superficie, chapoteando y boqueando, descubrió una marcha negra en su boca. Desde aquella distancia no podía verla con claridad, pero sabía que se trataba de una sanguijuela, porque las conocía bien. Thanos respiró hondo y lento. Fascinación. Desasosiego...

El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar, mientras el joven permanecía oculto entre verdes colores, sombra y silencio. En aquel instante, para Thanos, la ciénaga se convirtió en un escenario ritual. La contemplación de la agonía le había producido una fuerte impresión hipnótica. Sus sentidos se habían agudizado mientras la chica gritaba, lloraba, se retorció. Una sensación desconocida se había enredado en sus pensamientos salvajes envolviéndolo en una calma íntima y primitiva que había secuestrado su atención. Thanos ya no oía los gritos ni los jadeos. Su mente se había disuelto entre las papilas gustativas de la lengua hinchada de Berenice.

La sanguijuela se retorció, se arqueaba, se afeerraba al apéndice visceralmente inflamado. En aquel momento, Thanos experimentó una sensación de plenitud que lo mantuvo anclado a la realidad paralela en

la que se había instalado. Para el muchacho, el dolor no era una lacra, sino un preludio de revelación. En su mente trastornada, aquellas sanguijuelas perforaban la carne con sagrada delicadeza.

Los cabellos de Berenice, enmarañados y poblados de larvas, constituían, para él, la iniciación al rito. Thanos se había convertido en testigo de un acto ceremonial en el que el dolor era bello y la sangre un poema. Su pelo lacio, húmedo y pegajoso constituía una ofrenda. «Ella es la sacerdotisa. Yo, el esclavo que la contempla».

Thanos permanecía inmóvil, con los ojos abiertos y la voluntad suspendida. En su mente, Berenice sonreía con la boca torcida e hinchada. «Sonríe porque se sabe contemplada», fantaseó. Para él, la joven se había convertido en un símbolo de comunión con la naturaleza fugaz.

Un cuervo grazna. El sonido rasga la escena como el filo de una espada. Thanos parpadea. De nuevo oye los gritos y el trance se disipa como la niebla durante la mañana. La belleza se ha roto. Solo queda el recuerdo de la fascinación experimentada y el dolor lacerante de la pérdida.

Thanos decidió que Berenice había sufrido suficiente castigo, así que salió de su escondite y le ofreció un tronco para que se sujetara, pero cuando la joven lo agarró, él lo soltó de nuevo y, corriendo como alma en pena, se dirigió hacia la casa solariega pidiendo una ayuda que tardaría en llegar.

Antes de perder el conocimiento, Berenice masculló una maldición.

VIII

Cuando Thanos regresó al presente, sintió la cálida sensación deslizándose entre sus piernas. El semen, esa sustancia pegajosa, espesa y blanquecina, que no acababa de sentir como propia, se notaba pegajosa en sus dedos.

Llevó la mano hacia su nariz y disfrutó del aroma leve, salino, casi metálico. Después, realizando un gesto que cualquiera hubiera calificado como pecaminoso, introdujo sus dedos húmedos en la boca y lo saboreó como si se tratara de un objeto de estudio.

Lentamente, el hombre fue regresando a la realidad. El tiempo había refrescado considerablemente. La lluvia, pertinaz, repiqueteaba en los cristales. Estaba envuelto en una oscuridad muda, que le proporcionaba una calma que no era paz, sino preludio de lo que estaba por venir. Una oscuridad viscosa, oleosa, que Thanos sentía como si la noche fuera de alquitrán. En aquel momento fue consciente de que había permanecido todo el día sumergido en aquella realidad mentirosa que colmaba sus deseos insatisfechos.

El joven se desnudó lentamente, contempló su cuerpo atlético y vigoroso en el espejo y ladeó la cabeza tratando de imaginar qué sentiría Berenice si lo viera en aquel momento. Con ese pensamiento en mente se deslizó entre las sábanas de lino turbio.

Continuará...